

Prólogo

SARA FARRIS*

A mi modo de ver, hay al menos dos ideas muy poderosas en el centro de este libro de Miguel Urbán. La primera es que el auge contemporáneo de la extrema derecha no constituye una ruptura con el capitalismo neoliberal, sino la respuesta inevitable a su crisis estructural intrínseca. La segunda idea clave es que, si queremos entender cómo funciona y crece el capitalismo autoritario, debemos entender la fachosfera, es decir, el bloque hegemónico articulado en torno a la nostalgia de un capitalismo de crecimiento ilimitado, codificado como blanco y cismasculino, que promete un retorno imposible a un pasado aparentemente más próspero para anestesiar los temores que despierta un futuro aterrador.

Sobre el capitalismo autoritario

En el curso de estos capítulos, fruto de una investigación minuciosa, Urbán desentraña los rasgos fundamentales de esta nueva bestia: el capitalismo autoritario. Lejos de constituir una aberración, este representa la nueva cara del neoliberalismo, que se ha vuelto más explícita (y despóticamente) política. Funciona como un mecanismo

para gestionar y apuntalar una crisis firmemente inscrita en la propia lógica del capitalismo neoliberal, en un contexto marcado por el evidente declive de la hegemonía occidental sobre la economía mundial hasta ahora dominada por Estados Unidos.

Visto desde esta perspectiva, parece claro que las formaciones políticas vigentes han agotado su capacidad de acción, pues se muestran incapaces tanto de responder a la angustia que sufren sectores cada vez mayores de la población desarraigados por el desmoronamiento estructural del capitalismo, como de reorientarla. Este vacío está favoreciendo tanto la radicalización de sectores de la clase media que en los últimos tiempos están cayendo en la precariedad, como de otros de la clase trabajadora ya marginados. Ambos canalizan su frustración a través de una corriente emergente de autoritarismo orientada, no hacia lo que está por venir, sino hacia lo que se ha dejado atrás: una forma de anhelo retrospectivo que ofrece una sensación defensiva de estabilidad en un mundo definido por la incertidumbre.

Por lo tanto, el capitalismo autoritario no debe confundirse con una simple restauración de formas de dominación anteriores o un retorno al fascismo histórico. Antes bien, representa, una configuración distinta, coherente con una lectura *polanyiana* del capitalismo, que fusiona los principios neoliberales con formas de poder estatal cada vez más concentradas, excluyentes y punitivas. En este sentido, Urbán sostiene que, el centro de gravedad de la gobernanza se está desplazando hacia estructuras tecnocráticas y privatizadas, dentro de las cuales la racionalidad del mercado reemplaza progresivamente a la deliberación política abierta.

El ascenso de figuras como Trump, Bolsonaro, Bukele, Erdoğan, Milei, Meloni, Modi, Netanyahu, Orbán y Putin no es más que una fracción de los síntomas más visibles de una marea reaccionaria mundial de capitalismo autoritario, una marea que ha contribuido a popularizar un término conceptual relativamente reciente: iliberalismo.

Esta deriva autoritaria no se limita a la extrema derecha, se está extendiendo por la totalidad del espectro político. Como ha argumentado el sociólogo Cas Mudde, la extrema derecha actual

no constituye una fuerza opuesta a la política dominante, sino una intensificación de los puntos de vista ya arraigados en ella.

Lo que se desprende de este panorama no es tanto una anomalía pasajera como un reajuste estructural. La erosión del consenso liberal democrático, junto con el desmoronamiento de la certeza hegemónica occidental, está generando nuevas arquitecturas de exclusión y disciplina, que extraen su fuerza precisamente de la incapacidad de los principales actores políticos para ofrecer un horizonte alternativo creíble. Donde antes los bloques centristas y socialdemócratas prometían una mejora gradual o una estabilidad administrada, ahora se presentan ante un número creciente de personas como gestores del declive, tecnócratas que presiden un *statu quo* que ya no funciona. En este vacío entra en juego una política de restauración y reacción: no una visión de lo que podría construirse, sino una promesa de recuperar lo que se imagina que se ha perdido.

Esta dinámica permite entender por qué el capitalismo autoritario encuentra adeptos en todas las clases y no solo en un único estrato social. Las clases medias en proceso de precarización y algunos sectores de las clases trabajadoras marginadas desde hace mucho tiempo no comparten las mismas quejas, pero ambas encuentran a veces en la nostalgia reaccionaria un lenguaje común a cuyo través articular la dislocación. Y, dado que, como sugiere Mudde, estas posiciones son ampliificaciones de corrientes latentes de la corriente principal y no intrusiones marginales, las estrategias convencionales de aislamiento o deslegitimación de la extrema derecha resultan en gran medida ineficaces. Esto se debe a que los sentimientos en cuestión ya están difundidos por toda la corriente política dominante, a la espera tan solo de un vehículo para su expresión. Por ello, el momento actual es distinto de las anteriores oleadas de movilización de la extrema derecha: el iliberalismo actual no opera al margen de la política democrática, sino cada vez más desde su núcleo institucional, remodelando los términos de la gobernanza y del propio poder político.

Los delirios distópicos de la fachosfera

Para entender cómo funciona y se expande el capitalismo autoritario, es preciso comprender sus trucos ideológicos, nos dice Urbán. Aquí, el aparato tecnológico de la nueva economía digital parece ser clave. Mientras que la fábula del garaje de Silicon Valley, en su día celebrada como una recreación tecnológica del sueño americano, funcionó para algunos como una suerte de promesa de liberación, ahora se ha convertido en el pretexto para una fusión de ideologías regresivas. De este escenario ha surgido un ecosistema digital habitado por *incels*, fanáticos de las criptomonedas, masculinistas obsesionados con el *fitness*, vendedores de teorías conspirativas y escépticos del cambio climático: un sustrato cultural revuelto construido sobre la misoginia, la hostilidad hacia el feminismo y las cuestiones de género y una concepción distorsionada de la libertad de expresión que se ha convertido en un refugio para los discursos de odio. Dentro de este espacio, el desafío, la burla y la ofensa deliberada operan como una sensibilidad compartida que reformula la animosidad como algo que consumir y disfrutar.

El resultado es una forma de autoritarismo difuso, no centralizado y que circula a través de la vida cotidiana en Internet, mediante bromas, imágenes virales y la insensibilidad colectiva, sin necesidad de justificaciones elaboradas. Su poder reside en su capacidad para generar pertenencia, identidad y solidaridad. Si en Estados Unidos este fenómeno adquirió la etiqueta de *alt-right*, Urbán se centra en sus características en el mundo de habla hispana, donde se ha cristalizado en una variante autóctona conocida como la fachosfera.

Sin embargo, la fachosfera no es simplemente una imitación de su homólogo estadounidense. Este libro muestra cómo ha cultivado sus propios vocabularios, plataformas, tácticas e innovaciones, evolucionando hasta convertirse en un campo de pruebas político y cultural con un alcance que se extiende a nivel transnacional, particularmente a América Latina. A través de este proceso, innumerables jóvenes, sobre todo hombres jóvenes, han descubierto en

ella no solo un conjunto de creencias, sino un sentido de sí mismos, un colectivo y una forma de habitar el mundo.

Pero ¿cómo surge la fachosfera del capitalismo autoritario y cómo contribuye a sostenerlo? Para responder a esta pregunta, Urbán se basa en los argumentos de Francisco Louça para explicar cómo determinados sectores del capital (especialmente las grandes empresas tecnológicas) son los principales beneficiarios del asalto capitalista contra el Estado. Al controlar el aparato político, los gigantes tecnológicos pueden controlar tanto los canales de obtención de beneficios como la fabricación del consentimiento, que desvía la atención pública de sus prácticas de apropiación. Esto explica por sí solo la influencia tan decisiva que ejercen los oligarcas que poseen las plataformas de comunicación y las redes sociales sobre la vida de las personas y por qué nunca renunciarán voluntariamente a este dominio sin precedentes. El resultado es una forma de regulación social sin precedentes históricos.

Sin embargo, Urbán también nos invita a tener presente la visión ordoliberal: un orden regido por el mercado, estructurado por una constitución económica y dirigido por expertos, en el que la familia blanca, heteronormativa y de clase media funciona como un pilar fundamental de la organización social.

Cuando los mecanismos que mantenían unida a la sociedad dejan de funcionar y resulta evidente que la anterior prosperidad de las clases medias no puede mantenerse, se intensifican las medidas autoritarias para salvaguardar el orden. Al mismo tiempo, surge la necesidad de buscar chivos expiatorios (ciertas minorías, migrantes, solicitantes de asilo, movimientos feministas y comunidades LGT-BIQ+) para redirigir la furia de una clase media en declive hacia quienes se encuentran justo por debajo. No se trata de un patrón completamente nuevo, como reconoce Urbán, pero está cobrando impulso y transformándose a la par que se derrumba la que celebrada edad de oro de la globalización.

Este resentimiento se está convirtiendo paulatinamente en furia reaccionaria, a medida que la gente va llegando a la conclusión de que nunca obtendrá las recompensas de las que disfrutaron sus padres y

abuelos. Resulta interesante una encuesta reciente que cita Urbán y que comprende Australia, Brasil, Finlandia, Francia, India, Nigeria, Filipinas, Portugal, Reino Unido y Estados Unidos, en la que el 75 % de las personas entrevistadas estaban de acuerdo con la afirmación «el futuro es aterrador» y más de la mitad consideraban que tendrían menos oportunidades que sus progenitores. Del mismo modo, una encuesta de 2021 realizada por la Fondation Jean-Jaurès reveló que el 76 % de los de las personas francesas encuestadas consideraba que su país estaba en declive y el 70 % estaba de acuerdo en que las condiciones habían sido mejores en el pasado.

Urbán subraya acertadamente que la extrema derecha se nutre precisamente de estos sentimientos, apoyándose en una narrativa de la escasez, es decir, en la idea de que «no hay para todo el mundo», con el fin de justificar un programa político que ya no pretende mejorar las condiciones de la mayoría, sino simplemente detener un mayor deterioro. Este razonamiento falaz enfrenta a los sectores más pobres con quienes están levemente mejor situados, lo que suscita la cuestión de quién merece protección colectiva y a quién se le debe negar. En su fase actual de neoliberalismo autoritario, el capitalismo tardío manifiesta lo que la socióloga Saskia Sassen había denominado una «lógica de expulsión».

En resumen, Urbán nos invita a no entender la fachosfera como una mera repetición del pasado. Aunque muchas de las corrientes emocionales que en su día impulsaron los fascismos históricos resurgen dentro de la derecha radical actual, existen notables diferencias que lo caracterizan como un fenómeno genuinamente nuevo. Mientras que el fascismo clásico ofrecía un programa con visión de futuro, el autoritarismo reaccionario actual responde en cambio a la creciente ansiedad ante un futuro impredecible —marcado por la crisis climática y la agitación global— prometiendo, en su lugar, el retorno a un pasado que aparenta garantizar la seguridad en un presente cada vez más inestable. Sin embargo, esta seguridad prometida se construye y se sustenta sobre la precariedad impuesta a quienes son considerados «otros».

Frente a la atracción distópica de la extrema derecha por el pasado y su nostalgia ilusoria, la izquierda socialdemócrata está agotada y mal equipada, incapaz de generar nuevas energías e imaginarios precisamente porque sigue aferrada a la defensa del *statu quo* o, peor aún, imita las propias tácticas de la extrema derecha de crear chivos expiatorios, dirigidos a las personas migrantes, trans y a los movimientos solidarios con Palestina. Por el contrario, como han sostenido pensadoras como Judith Butler y Naomi Klein, lo que se necesita son proyectos políticos, plataformas y estrategias que pongan en el centro la justicia social y medioambiental, la política de clases, el antirracismo, el antiimperialismo y el feminismo transinclusivo, no como eslóganes vacíos, sino como verdaderos caminos hacia la transformación y la esperanza. Los últimos meses han demostrado que los proyectos políticos socialistas pueden ganar y hacerlo de forma contundente, cuando se articulan con claridad y convicción, desde Nueva York hasta Francia y América Latina. Esta es la dirección que hay que seguir para hacer frente a la fachosfera.

* Dra. Sara R. Farris, PhD [she/her], profesora titular de Sociología en Goldsmiths University of London. Proyectos: (2026-2028) Miembro de You-DARE (Youth Debunking the Gendered Arguments of Far-Right Extremism).

HORIZON-CL2-2024-DEMOCRACY-01 (2024). Co-coordinadora de BSA Care and Social Reproduction Study Group. Últimas publicaciones: Farris, S. R. (2025), «Towards a critique of care fetishism: Social reproduction feminism and the ethics of care», *Feminist Theory*, 0(0). Farris, S. R., Horton, A., Lloyd, E. (2025), «Corporatisation and financialisation of social reproduction: Care homes and childcare in the United Kingdom», *Environment and Planning F*, 4(3), pp. 340-356.